

– ADVIENTO –

TENEMOS NUESTRAS MANOS

Los problemas del mundo. ¡Dios mío!, ¿qué podemos hacer? Son problemas enormes, son innumerables. Se soluciona un problema y se abren mil. Y no se trata de problemas teóricos, sino existenciales, de cuya solución depende la dicha y la vida de gran parte de la humanidad.

Problemas y sufrimientos. ¿Nos ponemos a contar las heridas del mundo? No caben en nuestra cabeza y mucho menos en nuestro corazón. ¿Quién está dispuesto a cargar, siquiera en mínima parte, con el peso del mundo? Se necesita, no un cordero de Dios, sino un elefante divino –así le pintaron a veces a Cristo–, que pueda soportar toda la miseria humana. Se necesita un Dios, con fuerzas infinitas y, sobre todo, con un corazón inmenso.

Nosotros, pobres, no aguantamos casi nada. Por eso tendemos a olvidarnos, a acostumbrarnos, a endurecernos. Nuestra respuesta suele ser siempre mínima, lejana, insolidaria. O sea, que somos bastante «irresponsables», que no damos respuesta. Pero, ¿qué podemos hacer?

Y no hace falta hablar de los problemas del mundo, sino de los problemas de las personas más cercanas a

nosotros. Preferimos no pensar demasiado en ellos, se nos olvidan con facilidad. Si es que es verdad, no podemos vivir siempre pensando en los problemas de la gente, no podemos vivir constantemente angustiados. Tenemos derecho a divertirnos. Ya tenemos bastante con nuestros propios problemas. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

Pues el Dios de la historia, cuando venga nos mirará las manos. ¿Qué has hecho de esas herramientas poderosas que yo te he dado? Tú no puedes crear la flor, pero puedes cultivarla, para que el mundo sea más bello. Tú no puedes hacer el trigo, pero puedes sembrarlo, para que se multipliquen los panes. Tú no puedes quitar todo el dolor, pero puedes conseguir mejores medicinas y aplicarlas samaritanamente a los que sufren.

Nuestras manos, si se unen y se entregan, pueden hacer cambiar la historia, pueden adelantar la primavera, pueden construir una ciudad nueva. Nuestras manos, unidas, pueden curar heridas, enjugar lágrimas, levantar caídos, construir puentes, coser desgarros, apagar incendios, repartir caricias, prestar servicios innumerables.

¡Feliz Navidad!

Ven, Señor, Jesús, hemos repetido en el Adviento. Te deseamos, Te necesitamos. Ven.

Hoy se cumplen nuestros deseos. El Señor ha escuchado nuestras súplicas, y viene a nosotros, colmando hasta desbordar todas nuestras esperanzas. Dios nace esta noche –hoy–, pero no en Belén, nace en el mundo, nace en la Iglesia, nace en la comunidad creyente, nace en las familias, nace entre y en los pobres, nace en cada corazón. Dios nace aquí. Dios nace en mí. ¡Dios...!

Y no es que la Navidad sea fruto del Adviento. No puede conseguir el hombre, por mucho que lo desee y que lo pida, ni siquiera una breve visita de Dios. La Encarnación y la Navidad arrancan de otra fuente, que no puede ser otra que el amor de Dios. Dios viene a nosotros porque ama, porque nos ama. «Tanto amó Dios al mundo que le envió a su Hijo Unigénito». Tanto nos amó Dios, que nos dio lo más querido y lo más valioso. Tanto amó, que se nos dio Él mismo. ¡Tanto ama...!



*Nacimiento de paz en abundancia,
mirada cariñosa a las criaturas,
derroche de amor y de ternura,
el triunfo del respeto y tolerancia.
De lo humilde y pequeño la fragancia,
comprensión y paciencia sin medida,
dar y darse, quererse con locura,
del perdón y el olvido la elegancia.
Navidad es, Dios mío, fuego vivo,
de esperanzas es siembra permanente,
una mirada a todo en positivo,
descubrir el valor del diferente.
Decir al otro: Sí, Tú eres primero.
Navidad es decir siempre: Te quiero.*